

BREVE HISTORIA DEL IMPERIO OTOMANO

Eladio Romero e Iván Romero



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del Imperio otomano*

Autor: © Eladio Romero García, © Iván Romero Catalán

Copyright de la presente edición: © 2017 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-889-4

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-890-0

ISBN edición digital: 978-84-9967-891-7

Fecha de edición: Mayo 2017

Impreso en España

Imprime: Liber Digital Impresión

Depósito legal: M-8591-2017

Dedicado a Chapinete,
gato de raza calicó de natural simpático y cariñoso,
aunque también tirando a holgazán.

Índice

Introducción	13
Cronología del Imperio otomano, de 1260 a 1923	15
Capítulo 1. Los orígenes	27
Los turcos	27
Osmán I (1302-1324) y su estirpe	30
De Tanğri a Alá	34
Orhan I (1324-1362) y Murad I (1362-1389), el inicio del avance otomano	44
Murad I, creador de un ejército moderno	50
Capítulo 2. La consolidación del imperio	53
Los orígenes del imperio, el bey busca esposa ...	53
Bayaceto I (1389-1402) no tiene rival	55
Timur y la batalla de Ankara (1402)	60

Solimán Çelebi y sus hermanos (1402-1413) ...	63
Mehmed I (1413-1421), quinto señor de la dinastía	68
Murad II (1421-1451), 25 años de guerra	70
Capítulo 3. Constantinopla y Europa	79
Mehmed II (1451-1481) y la conquista de Constantinopla	79
Otras conquistas de Mehmed II	86
Bayaceto II (1481-1512) y el príncipe Djem	96
Los últimos años del reinado de Bayaceto II ...	100
Selim I (1512-1520), inquebrantable y conquistador	105
Capítulo 4. El apogeo del imperio en tiempos de Solimán el Magnífico	113
Kanunî Solimán: Los primeros años del reinado (1520-1536) y el conflicto contra Carlos V	113
El segundo momento del reinado de Solimán el Magnífico (1536-1566): el enfrentamiento con el Imperio hispánico	121
El asedio de Malta de 1565	140
La organización del imperio durante el siglo XVI	144
La administración	147
El ejército y la marina	150
Capítulo 5. Ideología y sociedad	157
Del imperio multiétnico a la nación turca	157
El soberano, sagrado e invisible	162
La cuestión del despotismo otomano	166
Las ceremonias de entronización	170

Los funerales del soberano	174
Fiestas y procesiones	178
Las mujeres otomanas	186
Capítulo 6. Del sultanato de las mujeres a la época de los tulipanes	191
Selim II (1566-1574):	
Chipre, la Liga Santa antiotomana y Lepanto	191
La conquista de Chipre por los otomanos	195
El sultanato de las mujeres	210
La segunda mitad del siglo XVII	217
La época de los tulipanes	225
Capítulo 7. Las reformas y la disolución	229
El inicio de la Cuestión de Oriente	229
La guerra de Crimea	241
El Tanzimat (1839-1876)	249
El inicio de la desmembración del imperio y la crisis balcánica	254
Capítulo 8. Los Jóvenes Turcos y las guerras previas a la Primera Guerra Mundial ...	263
El «sultanato rojo» (1896-1909	263
Los Jóvenes Turcos, espías y rebeldes	266
Los orígenes del problema armenio	275
La pérdida de Libia	281
Las guerras balcánicas	288
Capítulo 9. La Primera Guerra Mundial y el fin del imperio	303
El imperio entra en la guerra mundial	303
Paz humillante y fin del imperio	311
Bibliografía	331

Introducción

El Imperio otomano duró aproximadamente desde 1299 hasta 1922, y durante su mayor extensión territorial abarcó tres continentes, desde Hungría al norte hasta Adén al sur, y desde Argelia al oeste hasta la frontera iraní al este, aunque su centro de poder se encontraba en la región de la actual Turquía. A través del Estado vasallo del kanato de Crimea, el poder otomano también se expandió por Ucrania y por el sur de Rusia. Su nombre deriva de su fundador, el guerrero musulmán turco Osmán (o Utmán I Gazi), quien estableció la dinastía que rigió el imperio durante su historia (llamada dinastía otomana u osmanlí).

Hablaremos, pues, de un imperio que ya no existe, desaparecido como muchos otros. Tampoco existe ningún pueblo ni ningún lugar denominado «otomano». Ni siquiera podemos hablar de un idioma otomano vivo (en

su momento escrito en grafía árabe), aunque el turco derive de él. Tan sólo algunos catedráticos pueden entender su poesía, escrita en una lengua rica en aportaciones persas y árabes. Sin embargo, en su momento de esplendor constituyó un imperio que se enfrentó a otros imperios como el bizantino, el hispánico, el austriaco, el ruso o el británico, ante los que acabó cediendo a pesar de alcanzar éxitos como la conquista de Constantinopla en 1453 o de importantes capitales como Belgrado o Budapest, y de amenazar durante dos siglos las costas del Mediterráneo occidental. Acabó apoderándose asimismo de las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina, y sus sultanes, descendientes de los beyes de Anatolia, llegaron a ostentar el título de califas.

Llegado el siglo XIX, comenzó la ruina. El imperio cayó tan bajo que, para poder sobrevivir ante las acometidas de los zares, tuvo que solicitar la ayuda de potencias infieles como Gran Bretaña o Francia en la guerra de Crimea (la primera contienda donde hubo presencia informativa de la prensa). De hecho, el zar Nicolás I llegó a definir este imperio como el «enfermo de Europa». La Primera Guerra Mundial constituyó la puntilla y el origen de su disolución, aunque de sus cenizas surgiría la república nacionalista de Turquía, que todavía hoy mantiene una viva presencia en el escenario internacional.

Cronología del Imperio otomano, de 1260 a 1923

- 1261-1300 Fundación de los principados (*beyliatos*) turcos de Menteşe, Aydin, Saruhan, Karesi y Osmanlí (u Otomano) en Anatolia occidental.
- h. 1290-1324 Osmán I
- 1324-1362 Orhan I
- 1326 Conquista de Bursa (Prusa) por los otomanos
- 1331 Conquista de Nicea (Iznik)
- 1335 Caída del Imperio mongol en Persia.
- 1352 Inicio de la conquista otomana de Tracia.
- 1354 Ankara y Galípoli son ocupadas por los otomanos.
- 1361 Conquista de Adrianópolis (Edirne)

1

Los orígenes

LOS TURCOS

Los turcos hicieron su aparición en la historia en la región de Asia Central. Se trataba de tribus de pastores nómadas que frecuentemente se dedicaban a realizar incursiones contra sus vecinos, aunque también fueron capaces de crear potentes confederaciones e incluso vencer a imperios como el chino. Pronto hordas turcas, llegadas de las profundidades del continente asiático, acudieron en el siglo VII a Oriente Medio, en aquel tiempo sacudido por las predicaciones del profeta Mahoma. Las relaciones entre los pueblos turcos y el islam no se harán esperar. El primer contacto entre ellos se documentó en el año 751, cuando un jefe turco de nombre Tashkent murió a manos de los chinos. Su hijo, para vengarlo, solicitó ayuda a las poblaciones árabes y a la tribu turca de los karluk (que

habitaba en Asia Central). Gracias a su apoyo logró derrotar a sus enemigos, una victoria que llevó al Asia Central a abrirse gradualmente al islam, en lugar de gravitar solamente en torno a la órbita china.

En el siglo IX, un contingente de soldados turcos, mercenarios o esclavos, se encontraban al servicio de los califas abasíes y sus vasallos, introduciendo en los ambientes árabe e iraní elementos de su civilización, cultura y vieja religión. Un primer grupo de tropas turcas ya aparece presente en la corte de Harun al-Rashid, el califa contemporáneo de Carlomagno, a menudo mencionado en los cuentos de *Las mil y una noches*. Algún tiempo después, en el 835, el califa al-Mutasim construyó la ciudad de Samarra (sobre el Tigris, en el actual Irak), con la intención de mantener separadas a estas tropas de los ciudadanos de Bagdad, la capital imperial. En este mismo lugar también se levantó una pequeña *Kaaba*, a fin de evitar que los soldados se alejaran de sus barrios para cumplir con la peregrinación a La Meca. Es decir, que a pesar de ser todos musulmanes, estos individuos no podían mantener contacto con la población árabe. Los califas incluso acostumbraban a comprar también mujeres turcas para entregárselas como esposas.

La costumbre de rodearse de esclavos dedicados al oficio de las armas alcanzó su máximo exponente durante el reinado de los mamelucos en Egipto (1250-1517). En ocasiones, hasta los mismos sultanes procedían de sus filas, y la sucesión, más que de padres a hijos, a menudo tuvo lugar entre amo y un sirviente manipulado. El primer período mameluco, que concluyó alrededor de 1380, fue el de los esclavos turcos, aunque en los años siguientes los soberanos surgieron de entre los soldados de etnia circasiana.

Durante el siglo XI, las tribus turcas de Asia Central llegaron a la península de Anatolia. Entre las más fuertes, o acaso más afortunadas, encontramos a la de los selyúcidas,

que se convirtieron al islam sin demasiadas dificultades. También lograron crear un vasto estado independiente. En 1071, en la batalla de Manzikert (Malâzgird), al este de Anatolia, junto al lago Van, alcanzaron una gran victoria sobre el ejército bizantino, iniciando un imparable avance. Posteriormente, los selyúcidas intentaron integrar y absorber a las tribus turcomanas de la llamada estirpe *oğuz*, que se encontraban en las fronteras de sus posesiones. Con el término «turcomanos» se denomina, genéricamente, a todos los turcos convertidos al islam, los cuales habían comenzado a moverse hacia el oeste, sobre todo después de la invasión de los mongoles de los años veinte del siglo XIII. El reconocimiento de la autoridad de los mongoles por los selyúcidas no pudo detener a aquellos temibles guerreros que, tras la victoriosa batalla del desfiladero de Köse Dağ (entre las ciudades turcas de Erzincan y Gümüşhane), acaecida en 1243, invadieron Anatolia, de forma que la agresividad de las tribus turcas, frenada hacia el este, aumentó notablemente en dirección oeste.

En su declive, el estado selyúcida, dividido y decadente, dejó un amplio espacio al elemento turcomano, que poco a poco acabó muy reforzado. Una circunstancia que condujo a la aparición de una serie de entidades estatales, llamadas *beylik* (de donde deriva la palabra *beyliato*, principado gobernado por un bey), que acabaron dominando la región. Después de enfrentarse a selyúcidas y mongoles, estos principados, inquietos y deseosos de botín, comenzaron a chocar entre sí. Los más poderosos buscaban ampliar sus territorios a expensas de los más débiles, para luego volverse a fraccionar. Se trataba de estados patrimoniales, pertenecientes a la dinastía que los gobernaba. Anatolia se convirtió así en un conjunto de principados regionales reagrupados, algunos de ellos establecidos en el oeste, aunque sin enfrentarse de momento a Bizancio.

Canalizando su dinamismo en esa dirección encontramos el ansia de tesoros y el ideal misionero de la llamada *gaza*, la guerra hecha en nombre del islam. Un sinfín de ataques relámpago y a la vez de rápidas retiradas, a pesar de carecer de un plan estratégico integral, empezaron a amenazar al Imperio bizantino, por aquel entonces inmerso en un momento de debilidad. Las tropas griegas se vieron desbordadas en numerosas ocasiones por los ejércitos turcos, que unidos a menudo como verdaderos forajidos, lograron abrir definitivamente el camino hacia el oeste. Los principados turcomanos tomaron parte activa en los enfrentamientos y en las alianzas y contraalianzas que se hacían y deshacían con suma rapidez, en una región donde ejercían su poder tanto bizantinos como genoveses, venecianos, el papado, varios estados latinos como Chipre o Rodas y los principados de las islas egeas.

OSMÁN I (1302-1324) Y SU ESTIRPE

En la segunda mitad del siglo XIII, la propagación de los ideales de la *gaza* entre los principados turcomanos occidentales alcanzó su clímax. El avance por una parte de la dinastía mongola de los Il-khanidi hacia Siria y por el otro los ataques de los cruzados contra Egipto, Siria y Anatolia, parecieron encerrar momentáneamente a los estados musulmanes en un espacio cada vez más reducido. La situación comenzó a cambiar con la victoria del sultán mameluco Baybars sobre los mongoles en Aynicâlût (‘Ayn Ğâlût, Palestina) en 1260, que fue seguida por la conquista de Acre a los cristianos (1291) y la conversión del Il-khanida Gazân al islam el 19 de junio de 1295.

Al finalizar el siglo, un soberano turcomano reinaba en la localidad de Söğüd (Anatolia noroccidental, antiguamente conocida como Frigia) y la región circundante,

al norte de la provincia bizantina de Dorileo (actual Eskişehir), próxima a la frontera bizantina que corría a lo largo del valle del río Sangarios (actual Sakarya). Su nombre era Gazi Osmán (en árabe, Utmân). Su padre se llamaba Ertoğrul, que en turco viene a significar 'halcón macho', un jefe de tribu instalado en la comarca de la actual Ankara. Osmán fue el héroe epónimo de la dinastía, el verdadero creador del poder de su estirpe y fundador de un estado destinado a durar hasta comienzos del siglo xx.

Aunque encarnando los ideales de los combatientes gazi, Osmán entabló lazos de amistad con nobles cristianos de la región, en primer lugar con el llamado Köse Mihal («Michele Glaber» o Miguel el Imberbe), gobernador griego del castillo de Harmankaya (noroeste de Anatolia), que se convirtió en uno de sus más cercanos colaboradores. Su política se basó, por un lado, en combatir con las armas a sus oponentes, y por otro en ayudar, apoyar y defender a las poblaciones subyugadas, independientemente de la fe que profesaran. De esta forma, demostró ser un gobernante más justo y menos odioso que sus precedentes. La posibilidad de disfrutar de la paz y la seguridad, aunque fuera bajo un emir turcomano, constituyó un indudable atractivo para los habitantes de las zonas periféricas del Imperio bizantino, acostumbrados a la codicia de los funcionarios locales y a la falta de acción de un Gobierno central distante. Por todo ello, el nuevo señor fue recibido con los brazos abiertos.

Viendo crecer su poder, Osmán fue empujado a intentar incorporar a sus dominios los principados vecinos, al objeto de aumentar sus territorios y recursos humanos con vistas a ulteriores conquistas. Aplicó para ello la misma política de seguridad y de justicia con los estados incorporados, a cuyos dirigentes les permitió conservar sus tierras y posesiones a cambio de prestaciones militares. De esta forma, Osmán fue capaz de ampliar sin demasiadas

dificultades su territorio y el número de sus soldados. Y a todo ello se añadieron las adquisiciones territoriales obtenidas por razones de parentesco, o mediante verdaderas operaciones de compraventa, consideradas como favores realizados a algunos príncipes vecinos enfrentados a problemas financieros. Una política exterior prudente, la administración paternalista, exitosas campañas militares y el uso racional del ideal de la *gaza* para galvanizar los ánimos, todo ello combinado con una buena dosis de pragmatismo, favorecieron, por tanto, la primera expansión otomana.

La vida de Osmán aparece envuelta en un aura de leyenda, creada especialmente en el siglo xv cuando sus descendientes, una vez conquistada la capital imperial de Constantinopla, quisieron dar lustre a sus orígenes. Sin embargo, pocos son los datos documentados que conservamos. De su época queda una moneda con la leyenda «acuñada por Osmán, hijo de Ertoğrul» y poco más. Su sucesor, Orhan, no era hijo único: un documento de 1324, con el que se fundaba una institución pía (*vakf*), también cita a Çoban, Hamîd, Melik, Pazarlu, a su hija Fatma Hatun y a Mal Hatun, hija de Ömer Bey, probablemente la esposa de Osmán. Varias crónicas mencionan a otro hijo, Alí, también identificado como Alaeddin, considerado el primer legislador otomano. La historia de la amistad de Osmán con el gobernador bizantino de Belokeme (actual Bilecik) y la traición de este último, que trataría de matarlo durante su banquete de bodas, probablemente no sea más que una leyenda. Osmán habría logrado evitar el ataque gracias al aviso de su amigo Köse Mihal y, por ello, se habría presentado a la ceremonia seguido de un séquito armado oculto bajo ropas de mujer, que le habría protegido en todo momento, dando incluso muerte a su enemigo. Una historia fantástica que, sin embargo, proporciona detalles sobre el medio pastoril



Retrato idealizado de Osmán que se conserva en la biblioteca-museo de Topkapi, Estambul.

del que procedía Osmán, sobre sus primeros colaboradores, entre los que se encontraban también griegos que se convirtieron rápidamente al islam y, por último, sobre el repentino cambio de posición de las autoridades bizantinas, primero a favor de quien consideraban sólo un cabecilla de pastores y más tarde atemorizadas ante el poder que este iba alcanzando.

Nada sabemos tampoco sobre el aspecto del fundador de la dinastía otomana. Acaso podamos pensar que no era de elevada estatura, una suposición que se basa en el apodo que se le atribuye de Osmançık, es decir, el Pequeño Osmán, recogido por Ibn Battuta, el viajero bereber que en 1331 visitó a su hijo Orhan.

Más allá de la leyenda, Osmán apareció en la historia el 27 de julio de 1302, cuando derrotó a los bizantinos en la batalla de Bafea, estableciéndose como uno de los señores más poderosos de la región. En la primavera de ese año, el río Sangarios se desbordó y cambió de rumbo, convirtiendo en inútiles las defensas organizadas



Tumba de Osmán en Bursa, objeto de una remodelación llevada a cabo en 1863

allí por los bizantinos. Para los hombres de Osmán resultó, por tanto, bastante sencillo superar sus rápidos y entrar en la región de Bitinia. En los años siguientes, los invasores turcos pudieron también alcanzar las costas del mar de Mármara. Tierras y aldeas pasaron rápidamente a manos otomanas y, finalmente, el 6 de abril de 1326 cayó también la ciudad de Bursa (la antigua Prusa, luego también llamada Brusa), a salvo hasta ese momento y ahora conquistada tras ser reducida por hambre. El año de esta victoria probablemente coincidió con el de la muerte del gran rey, quien, no obstante, había abdicado dos años atrás en favor de su hijo Orhan. Tanto Osmán como su sucesor dejarían sus tumbas en dicha localidad.

DE TANĞRI A ALÁ

Cuando llegaron a Anatolia, los otomanos ya habían abandonado el chamanismo de sus orígenes para aceptar oficialmente el islam. La transición de la idea de un

solo dios, Tanğri, a Alá, resultó bastante sencilla para los turcos. El dios-cielo antiguamente venerado fue fácilmente asimilado a Alá porque ya poseía su característica principal, es decir, la singularidad. Los diversos espíritus y las almas de los muertos que poblaban la antigua religión chamánica, sin embargo, fueron asimilados bien como santones venerables, bien, y aún con mayor facilidad, a los *ğinn*, los genios del fuego que también habitaban en el mundo islámico. El *kut*, la fortuna real que pertenecía sólo al soberano, se transformó en la gracia de Alá. El nuevo credo concedió a la antigua civilización turca, dedicada principalmente a la guerra, una base ideológica para seguir asaltando y librando guerras contra los vecinos infieles. El único problema era el de los alimentos. Las reglas islámicas prescriben consumir únicamente animales sacrificados a los que se les ha extraído toda su sangre. En contraste, los turcos siempre habían considerado que los animales debían ser estrangulados para poder aprovechar todo su rojo líquido vital, evitando que este se derramara sobre la tierra. Sólo de esta forma se evitaba que sus descendientes no fueran destruidos por otros que desearan ocupar su puesto. Incluso cuando había que cazar animales y se los mataba con armas que derramaban sangre, a continuación era necesario realizar una serie de rituales para aplacar a las poderosas fuerzas arcanas que podían perjudicarles.

Aunque la aceptación y expansión del islam entre los turcos fue rápida, la nueva religión constituyó, al menos al principio, un elemento cultural incorporado de forma superficial, empleado para integrarse en una nueva realidad, y no un profundo sentimiento religioso extendido entre las capas populares. Muchas de las viejas costumbres se mantuvieron, como se observa todavía en algunas obras literarias. Por ejemplo, en casi todas las páginas de la primera versión de la historia de José y la mujer de Putifar (en árabe *Yusuf* y *Zuleika*), datada en el siglo XIII, o en el

Kitab-i Dede Korkut, compuesto entre los siglos XIV y XV y redactado definitivamente en el XVI. En ambas obras se observan vestigios del antiguo chamanismo, elementos simbólicos como las montañas, el agua, los árboles, los antepasados míticos o incluso hechos que sólo pueden explicarse en un entorno no del todo islamizado. Los mismos fundadores del movimiento sufi (de carácter extremadamente espiritual), que florecieron con mucha más fuerza en el ambiente turco que en el árabe, acudieron en gran manera a la tradición preislámica. Entre ellos debemos al menos recordar a Haci Baktaş, el fundador de la hermandad de los *bektasi*, a la que se unieron en masa los jenízaros, la élite del ejército otomano. El místico Baktaş, nacido en el siglo XIII en el norte de Persia, fue uno de los primeros en usar el turco como lengua literaria.

Durante muchos años fue casi un *topos* historiográfico considerar a los primeros otomanos como guerreros que combatían animados en su lucha por extender la fe en el islam. De acuerdo con esta teoría, expuesta por el gran orientalista austriaco Paul Wittek en los años treinta del siglo XX, el Imperio otomano nació exclusivamente para propagar la fe musulmana. Sólo a finales de los años setenta, después de la muerte de este distinguido académico, padre y maestro de los otomanólogos de su época, algunos estudiosos o sus alumnos comenzaron a mirar con ojos críticos esta teoría, poniendo ahora el énfasis en el pragmatismo de los primeros otomanos, como hizo el profesor de Harvard turco, Cemal Kafadar, o haciendo hincapié en la supervivencia de los antiguos elementos de la civilización nómada, como el profesor de la universidad de Michigan, Rudi P. Lindner. Incluso en los estudios presentados en Europa y América comenzaron entonces a aceptarse argumentos ya expuestos durante décadas por algunos historiadores turcos como Mehmed Fuad Köprülü. Osmán y Orhan se habrían visto obligados a

actuar, pues, no sólo por la fe en la nueva religión, sino sobre todo por mero pragmatismo y las contingencias políticas de cada momento. Ciertamente las fuentes otomanas más antiguas alabaron la lealtad al islam del primer soberano, aunque esto se deba probablemente más a razones laudatorias o políticas, ligadas al momento en el que estos autores escribieron, que a una auténtica realidad.

Observando los acontecimientos históricos de aquel tiempo, se constata la persistencia de elementos extraños al mundo musulmán, arraigados en el entorno turco. Ante todo, destacamos la importancia concedida en la civilización otomana al elemento femenino. En el mundo turco-mongol, las mujeres realizaban una tarea relevante y precisa: en una sociedad nómada no podían ser recluidas, y entre sus funciones se encontraban la de participar activamente en el gobierno de la casa y, si eran esposas de los soberanos, intervenir incluso en asuntos de estado. Una de las ceremonias con las que se entronizaba a los antiguos kanes incluía su elevación simbólica hacia el cielo sobre una alfombra de fieltro en compañía de su esposa principal. El viajero Ibn Battuta se sorprendió al observar cómo un kan mongol se levantaba cuando sus mujeres, sin velo, entraban en la tienda para participar en la reunión que allí se estaba celebrando. En el documento antes mencionado de 1324, junto a los nombres de los hijos de Osmán, se incluyen los de su hija Fatma Hatun y el de su probable esposa Mal Hatun. Parece evidente, pues, que en el mundo turco-otomano las mujeres de la casa imperial detentaron un papel muy importante, diferente del que generalmente se les atribuía en los imperios árabe-islámicos. Debido a su proximidad al soberano, disfrutaron de una nobleza manifiesta, y su tarea consistía generalmente en ser las guardianas de la dinastía e incluso en la de detentar el poder cuando el trono quedaba en manos de niños o herederos marcadamente incompetentes.

Otro elemento significativo del Imperio otomano fue la existencia, junto con las leyes religiosas, es decir, la *sharia*, de una legislación principesca denominada *kanun*. Aunque la palabra es de origen griego, tal costumbre derivó del derecho a legislar de los antiguos kanes. Famoso fue, por ejemplo, el *yasak*, es decir, la ley escrita dictada por Gengis Kan. En teoría, se suponía que el *kanun* abordaba aquellos campos de actuación no incluidos en la *sharia*, pero en la práctica, respetando no obstante la forma, regulaba gran parte de la legislación estatal. Durante siglos fueron redactados varios libros de derecho (los *kanun-name*), y según la leyenda, Alaeddin, hijo de Osmán, habría sido el primer legislador otomano. Incluso Mehmed II, el conquistador de Constantinopla, produjo una importante colección de leyes, mientras que al más destacado sultán del siglo XVI, el conocido en Europa como Solimán el Magnífico, todavía hoy se le llama en Turquía Kanunî Süleyman, es decir, Solimán el Legislador.

Entre los primeros compañeros de Osmán no se encontraban solamente hombres de su tribu o de otros grupos turcomanos, sino también muchos griegos que abandonaron en ocasiones una posición prominente en el ámbito bizantino para rendir homenaje al afortunado conquistador. El vínculo con el que Osmán se unió a estos compañeros no era el de pertenecer a la misma fe (es decir, la *umma*), sino la hermandad de sangre (la denominada *anda*), una antigua costumbre nómada en la que el intercambio de sangre venía a crear un vínculo de raza común. Aún hoy día el verbo «jurar» se expresa en turco con las palabras *and içmek*, que vienen a significar, literalmente, ‘beber el juramento’. Tal uso, extendido sobre todo en el mundo militar, fue luego exportado por los ejércitos otomanos a sus nuevos dominios conquistados, dando origen así al *pobratimstvo*, la hermandad de sangre generalizada ya en el siglo XVII en el área balcánica.

Para los otomanos, el poder constituía un asunto de familia, donde todos los varones de la dinastía se consideraban posibles herederos del título. Por este motivo, la muerte del soberano podía dar lugar a luchas fratricidas, con consecuencias terribles para la unidad del estado. Una posibilidad que a mediados del siglo xv impulsó a Mehmed II a establecer una drástica medida, consistente en que el sultán que llegaba al trono debía inmediatamente ejecutar a sus hermanos. Esta práctica se llevó a cabo con cierto rigor hasta finales del siglo xvi, cuando la muerte de hasta diecinueve príncipes sacudió incluso a la propia población de Estambul, que criticó severamente al soberano Mehmed III por ordenar semejante matanza. Cuando su hijo Ahmed I llegó al trono en 1603, siendo todavía un niño, no quiso por ello aplicar la cruel norma, librando así de la muerte a su hermano el pequeño príncipe Mustafá, quien precisamente acabaría sucediéndole. No obstante, príncipes posteriores e incluso sultanes seguirían siendo asesinados, aunque la ley fratricida ya no sería aplicada con el rigor anterior. Durante la mayor parte del siglo xvii se prefirió emplear un método más sutil, encerrando en una cárcel dorada a los varones de la familia imperial y alejándolos de cualquier medio que les permitiera socavar el poder mediante la fuerza. Ello explicaría la falta de equilibrio mental mostrado por algunos gobernantes otomanos de este siglo, probablemente derivada de años y años de espera pasados en la cárcel, viviendo entre la esperanza de ver llegar al gran visir para anunciarles su ascenso al trono, o bien el miedo a la aparición del ejecutor.

La muerte de príncipes o de otras personas prominentes debía producirse de una forma honorable, es decir, sin derramamiento de sangre, para no debilitar a la estirpe perdiendo su fuerza entre la tierra. Por lo general se recurrió a la estrangulación, posiblemente con la cuerda de un arco. Este fue el final reservado no sólo a innumerables

descendientes de Osmán, sino también a los funcionarios o grandes visires, siguiendo una costumbre todavía aplicada a finales del siglo xvii. Así, por ejemplo, Kara Mustafá, comandante supremo imperial en 1683, al fracasar en el asedio de Viena, acabó ejecutado por su incompetencia militar. Sólo después de ser estrangulado se le cortó también la cabeza. A principios del siglo xvii hubo quien prefirió rechazar la «honorable muerte» por estrangulación, solicitando a la vez la gracia de ser decapitado. Un comportamiento que puede ser considerado como un síntoma del abandono de las antiguas creencias y una mayor adhesión al islam. De hecho, en ese mismo momento se asiste, desde un punto de vista político, a una convergencia de intereses entre los militares, es decir, los *siphioglan* y los jenízaros, y los hombres de la ley y la religión (los ulemas), en oposición al partido del harén imperial. Fue entonces cuando, por vez primera, un poderoso grupo fuertemente islamizado pasó a desempeñar una función determinante en la política otomana, hasta ahora siempre cuidadosa a la hora de separar los intereses del príncipe de los religiosos.

No es, pues, casualidad que las sangrientas antiguas tradiciones, hasta ahora aceptadas, o al menos toleradas, comenzaran a ser abandonadas a lo largo del siglo xvi. Antes, las cosas funcionaban de otro modo. Por ejemplo, a principios del siglo xvi, el sultán Bayaceto II bebía en una taza confeccionada con el cráneo de un príncipe persa derrotado a la que se le había añadido una cubierta de oro. El mismo sultán, al igual que su sucesor Selim I, envió en varias ocasiones a soberanos aliados, junto con el anuncio de sus victorias, algunas cabezas de enemigos muertos. Una de estas llegaría a Venecia en 1516, aunque el embajador Mustafá, al final de la audiencia, se encontró en el palacio del dux con el macabro regalo en la mano porque nadie había querido recibirlo. En ese momento, se limitó

Torre de las cabezas cortadas de Niš (Serbia), levantada por los otomanos tras la derrota de los independentistas serbios en 1809. Para levantarla se emplearon las cabezas de hasta 952 enemigos muertos.



a depositarlo en el umbral de la sala. Cabe destacar que la decapitación podía constituir una muerte honorable para los árabes, no así para turcos y mongoles, quienes, como hemos visto, la consideraban una manera de eliminar definitivamente al enemigo y a sus descendientes. Crónicas y miniaturas otomanas recogen historias sobre pirámides hechas con las cabezas de los soldados muertos en el campo de batalla. Por último, beber la sangre del enemigo usando su mismo cráneo como copa constituía un antiguo gesto ritual, con el que el vencedor tomaba posesión del poder del enemigo derrotado.

Incluso en la arquitectura se conservaron numerosos elementos de esa arcana simbología. El hábito de construir mausoleos para recordar a sus gobernantes constituye más una costumbre turca que una del mundo árabe-islámico. En la primera sepultura de Solimán, hijo de Orhan, en la localidad de Bolayir, construida en 1357, todavía aparecían

elementos de la antigua religión. El infortunado príncipe, muerto al caer de su caballo, fue enterrado junto al animal. A continuación, sus compañeros cubrieron la tumba con un montón de piedras formando una pequeña montaña que enlazaba de forma simbólica la tierra con el cielo. El edificio actual fue construido en tiempos de Murad I, un gobernante de finales del siglo xiv.

El mismo palacio imperial querido por los gobernantes otomanos en Estambul, el llamado Topkapi, oculta diversos significados simbólicos. En particular su estructura, marcada por la presencia de tres grandes puertas que conducen gradualmente hacia el corazón del edificio, que constituye la residencia del gobernante. La primera es la Puerta Imperial, en cuyas paredes externas aparecen nichos en su tiempo utilizados para exponer las cabezas de los enemigos. Después del primer patio, y a través de una segunda puerta, se accede a un jardín en su momento repleto de animales y plantas de diversas especies, a modo de paraíso terrenal. La tercera puerta, llamada de la Felicidad, se construyó a imitación del acceso a una tienda de campaña, y se convirtió en un lugar dedicado a impartir justicia. Además, encontramos la parte más secreta del palacio: los apartamentos del sultán y el harén, habitados por sus mujeres, y donde no se aplicaba la ley vigente en el resto del imperio. No es casualidad que la residencia imperial fuera llamada durante siglos la Sublime Puerta, un título que también se empleó para denominar al conjunto del estado otomano desde finales del siglo xviii. Con el concepto Sublime Puerta se hacía referencia en concreto a la puerta de acceso a las dependencias del gran visir, el personaje que llevaba las riendas del Gobierno en nombre del sultán, y que se encontraba próxima a Topkapi.

El simbolismo relacionado con la puerta de la tienda, extendido a las puertas de Topkapi, deriva de la tradición turco-mongola, como bien experimentó el compañero del

Breve historia del Imperio otomano



Puerta Imperial del palacio de Topkapi en Estambul



Modelo del Palacio de Topkapi, Estambul

misionero franciscano Guillermo de Rubruk. Este famoso viajero flamenco viajó a la corte del gran kan mongol de Karakorum a mediados del siglo XIII. Durante el viaje, uno de sus acompañantes estuvo a punto de ser asesinado simplemente por haber pisoteado el umbral de acceso a

la tienda de un kan. Este era un punto sagrado donde se impartía justicia, custodiado por espíritus muy especiales. Aquí, el soberano ejercía su condición de juez. Pisarlo o tocar las cuerdas que lo sostenían constituía un crimen castigado con la muerte. La puerta de la Felicidad de Topkapı fue construida, pues, a imitación de ese arquetipo, y muchos acontecimientos destacados de la historia otomana se desarrollaron a la sombra de sus columnas. No sólo ejecuciones de algún gran visir, sino también reuniones entre sultanes y rebeldes, como aconteció en 1603, cuando Mehmed III se vio obligado por sus tropas y los ulemas a presenciar la decapitación de sus dos esclavos más leales, Osmán, jefe de los eunucos negros, y Gazanfer Ağa, el jefe de los eunucos blancos, de origen veneciano. Sus cabezas rodaron hasta los propios pies del sultán.

ORHAN I (1324-1362) Y MURAD I (1362-1389), EL INICIO DEL AVANCE OTOMANO

El reinado de Orhan I vio una continua ampliación de las tierras de los otomanos, que establecieron una cabeza de puente en Europa y comenzaron a intervenir en las luchas entre los diferentes pretendientes al trono bizantino, en los emiratos turcomanos, en las repúblicas italianas de Génova y Venecia y en los principados de Bulgaria y Serbia. Nicea (Iznik, en turco) se rindió en 1331, y poco después cayó Nicomedia. Antes de 1345, Orhan logró anexionarse todo el emirato de Karasi (noroeste de Anatolia) aprovechando también las luchas intestinas que lo sacudían. Con ello alcanzó la costa sur de los Dardanelos, asegurándose una base para futuras expediciones al otro lado del estrecho. No existe todavía un consenso claro sobre las fechas de estas primeras conquistas otomanas, ya que la cronología en las fuentes turcas sólo queda aclarada a partir del

reinado de Mehmed II, mientras que las fuentes griegas son a menudo muy inexactas. Por ello se hace necesario, cuando es posible, recurrir a los documentos venecianos o serbios, teniendo siempre presente que pueden darse propuestas de datación distintas de las aceptadas por la mayoría de los estudiosos.

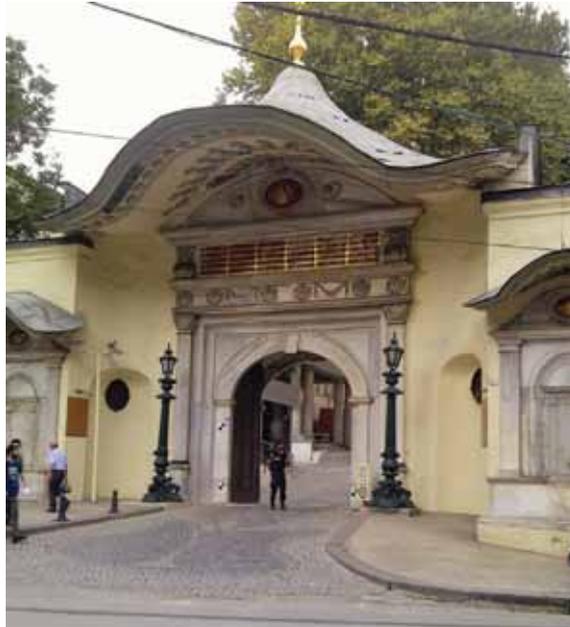
Alrededor de 1344, Orhan intervino en las luchas por el poder que se vivían en Bizancio apoyando a Juan VI Cantacuceno, quien gracias a aquel logró el trono, ofreciendo como recompensa a su hija Teodora para que se casara con Orhan (1346). Más importante que una esposa fue la obtención de manos de su aliado de la fortaleza de Çimpe, situada en la península de Galípoli, lo que le permitió poner así un pie firme y estable en suelo europeo. En 1352, Orhan envió tropas a Europa para que combatieran al lado del *basileus* (el emperador bizantino), cuyos aliados genoveses se encargaron de transportarlas en sus barcos. Más o menos en ese mismo año su hijo Solimán capturó Ankara, que después se perdió y no sería reconquistada definitivamente hasta 1403. En 1354, el mismo Solimán se apoderó sin demasiados problemas de Galípoli, aprovechando que un terremoto había derribado sus murallas y que su población, asustada, se había refugiado en los alrededores. De esta forma, el príncipe pudo argumentar que nada le había quitado al *basileus*, sino que simplemente había tomado posesión de una ciudad abandonada. La localidad fue nuevamente fortificada, con objeto de facilitar futuras incursiones hacia Europa.

La ocupación de Galípoli (Gelibolu, en turco moderno) marcó el inicio del avance otomano hacia el continente europeo. Aquí, con el beneplácito de los bizantinos, se creó una colonia para evitar tener que transportar tropas constantemente cuando tuvieran que luchar en Rumelia, nombre que viene a significar, en turco, 'la segunda Roma' (Rumeli), empleado para denominar las

tierras griegas. Es probable que fuera en este momento cuando tomó cuerpo una leyenda de origen turco-bizantino que se extendió ampliamente a principios del siglo xv, y que situaba al oeste de las tierras otomanas la llamada Manzana Roja o Manzana de Oro (*Kizil Elma*), es decir, la mítica tierra que un día habría de ser conquistada por los ejércitos otomanos. «Nos reuniremos de nuevo en la Manzana Roja», se convirtió en la frase empleada por el gobernante para despedir a sus jenízaros en el momento de partir hacia la guerra. Una Manzana Roja que al principio fue identificada con la ciudad imperial de Constantinopla, según algunos, a causa de la cúpula dorada de una de sus iglesias, y según otros por la estatua ecuestre de Justiniano sosteniendo un orbe de oro en su mano simbolizando el poder. Precisamente, según la tradición, aquí sería colgada en 1453 la cabeza del último emperador bizantino, Constantino XI Paleólogo, tras la caída de la ciudad, un trofeo posteriormente embalsamado y conservado por el sultán Mehmed II. Tras la desaparición del Imperio bizantino, la Manzana Roja sería identificada con Roma, la capital de los papas. Sin embargo, el sueño de conquistar la capital pontificia no pudo cumplirse, y cuando los nuevos intereses geoestratégicos de los otomanos cambiaron de dirección, la nueva Manzana Roja pasó a ser Viena, la capital imperial de los Habsburgo, bajo cuyos muros el poder turco se estrelló fatalmente en 1683.

El príncipe Solimán, en quien tantas esperanzas había puestas, falleció en 1357. Ese mismo año, otro hijo de Orhan, Halil, fue capturado por los piratas de Focea, y para liberarlo su padre tuvo que recurrir al nuevo emperador de Bizancio, Juan V Paleólogo, que logró rescatarlo e incluso, para fortalecer la alianza, concedió al joven príncipe en matrimonio una princesa bizantina. Entre 1359 y 1367, el nuevo gobernante Murad I, hijo y sucesor de Orhan, entró en Adrianópolis (en turco, Edirne),

La Sublime Puerta de Estambul, junto a Topkapi. La obra actual data de 1843.



la capital de Tracia. La fecha de este acontecimiento es todavía incierta, dándose la posibilidad de que la ciudad hubiera sido conquistada, perdida y posteriormente reconquistada a lo largo de esos años, como sucedió con otras localidades. Una fuente veneciana indica que en el año 1360 Murad ya gobernaba el estado turco, aunque la mayoría de los estudiosos parecen de acuerdo en afirmar que Orhan murió en 1362, año en que también se establece la conquista de aquella ciudad. Dando crédito a las fuentes venecianas, puede afirmarse que, al igual que lo hizo su padre, Orhan se habría retirado del Gobierno en su vejez para entregar el trono a su hijo.

Murad I sucedió a Orhan logrando imponerse sobre su hermano Halil, gobernador de Nicea, sobre quien los bizantinos, que habían colaborado en el pasado con él, habían puesto sus esperanzas. El avance otomano continuó por Anatolia en detrimento de los principados turcomanos, y también por Rumelia, donde había hecho acto de presencia el conde Amadeo VI de Saboya en teoría para liberar Tierra Santa, aunque en realidad con la pretensión

de defender de los estados latinos del Egeo y las posesiones venecianas, así como para apoyar los supuestos derechos de su familia a la corona de Bizancio contra las pretensiones de Juan II Paleólogo, marqués de Monferrato. Durante los primeros tiempos del reinado de Murad I, entre 1369 y 1371, se produjo el viaje a Italia del *basileus* Juan V Paleólogo, en un intento de ganar apoyos contra la amenaza otomana. Vuelto a su patria sin la esperada ayuda, a pesar de una profesión pública de su fe católica, el emperador bizantino se vio obligado a buscar un acuerdo con Murad. Poco después, en 1373, su hijo Andrónico se alió con Savci, el hijo del gobernante otomano, en un intento de apartar del poder a sus respectivos progenitores, aunque ambos jóvenes fueron derrotados. Savci falleció en el empeño, mientras que Andrónico, casi ciego, aún se mantuvo como un posible peligro para su padre y su hermano Manuel, que había sido asociado al trono. El asunto fue considerado por Murad como una conspiración contra él mismo urdida por el propio *basileus*. Un hijo de Savci, conocido como Murad el Ciego, se refugió en Hungría, donde se casó con una cristiana y tuvo dos herederos, Orhan y Davud, destinados a reaparecer como pretendientes al trono en la primera mitad del siguiente siglo.

Bajo Murad continuaron las ganancias territoriales, a expensas de los principados turcomanos, que fueron desapareciendo uno tras otro, de los bizantinos siempre perturbados por las luchas internas, de los venecianos, cuyos barcos estaban presentes en los mares de Levante, de los serbios, de los búlgaros y de los bosnios. Después de la paz firmada con el zar de Bulgaria Iván Sisman, cuya hermana Tamara pasó a integrarse en el harén de Murad (1371), una alianza entre serbios y bosnios desencadenó la guerra. El 15 de junio de 1389, ambos ejércitos se enfrentaron en Kosovo Polje, es decir, el Campo de los



Primeros dominios otomanos (en oscuro, posesiones de Osmán a su muerte en 1326)

Mirlos en idioma serbio, un lugar que se haría famoso también en enfrentamientos posteriores. La victoria fue para los otomanos, aunque Murad I acabó alevosamente asesinado en el mismo campo de batalla por un noble serbio que había solicitado entrevistarse con él y que, según la tradición serbia, se llamaba Miloš Obilić. El príncipe Lazar de Serbia, que había sido hecho prisionero, fue ejecutado y su reino quedó en manos de su hijo Stefan, aunque bajo la tutela de su madre Milica, quien prefirió hábilmente un acuerdo diplomático con los otomanos en lugar de alcanzarlo con el rey de Hungría Segismundo de Luxemburgo (1387-1437). Mileva Olivera, la hija del fallecido Lazar, entró por ello en el harén del nuevo soberano.

El recuerdo de la trágica muerte de Murad se perpetuó durante siglos en el ceremonial del Imperio otomano. Desde ese momento, cada extranjero que llegaba a visitar

al gobernante, aunque se tratara del embajador de algún gran rey, era sujetado de los brazos por dos guardianes para evitar un atentado similar.

MURAD I, CREADOR DE UN EJÉRCITO MODERNO

Durante el reinado de Murad I, el avance otomano en Rumelia se realizó en tres direcciones. La primera siguió el trayecto de la histórica vía romana llamada Egnatia, que llegaba a través de Serres (Grecia), Monastir y Ohrid (ambas en la actual Macedonia) hasta Albania. La segunda se inició en Tesalia hasta alcanzar la ciudad de Tesalónica. La tercera partió de Constantinopla y se dirigió directamente a Belgrado. Gracias a que se controlaron estas importantes rutas de tránsito, los otomanos fueron capaces de penetrar profundamente en las áreas circundantes, aprovechando la desintegración política que se vivía en toda la región balcánica.

Los éxitos de Murad, tanto en Rumelia como en Anatolia, se debieron en especial a los cambios que tuvieron lugar en el ejército y la administración. Bajo su mandato, las tropas integradas esencialmente por rapiñadores a caballo, buenas para acciones en las que se requerían movimientos rápidos, pero inadaptadas a las batallas campales, los largos asedios o las tácticas sofisticadas, fueron sustituidas por un ejército más moderno. Aparecieron así dos cuerpos cuyo origen se remonta a esta época: los jenízaros (del turco *yeniçeri*, que significa ‘nuevas tropas’) y los *sipahis* (palabra persa que significa ‘jinetes’). Los primeros se crearon al inicio del reinado, después de la toma de Adrianópolis, y constituyeron las primeras unidades permanentes de infantería surgidas en Europa, y de entre las primeras en utilizar las armas de fuego con regularidad. Representaban una tropa de élite, pagada con un salario efectivo regular,

a cuyos miembros se les exigía la soltería y que vivían en cuarteles especiales, dedicados de por vida a la defensa del estado y del soberano. Elegidos en un principio entre los prisioneros de guerra, pronto su reclutamiento se realizó mediante la práctica de la *devşirme*, la leva obligatoria de muchachos procedentes de los Balcanes y, aunque en menor grado, también de Anatolia, llevada a cabo al principio de forma regular, luego cada vez más esporádicamente y, por fin, suprimida tras la última leva acaecida en 1705. Continuando con una práctica ya empleada por los bizantinos, los otomanos impusieron a los campesinos cristianos la entrega, por lo general cada siete años, de un hijo por familia. En un primer momento, los jóvenes así obtenidos eran empleados casi exclusivamente para engrosar el cuerpo de jenízaros, aunque con el tiempo se comenzó a utilizar a los mejor dotados como pajes o servidores en el palacio imperial, donde también recibían una educación más esmerada y lograban ocupar cargos de alto rango en el ejército y en la administración pública. Los únicos musulmanes sometidos a este tipo de prestación fueron los habitantes de Bosnia, una región conquistada en 1463 y cuya población se convirtió en masa al islam. La tradición afirmaba que, en este caso, la leva no constituía una imposición, sino un privilegio solicitado por los mismos bosnios, al considerar que la *devşirme* abría a los afectados enormes posibilidades para alcanzar las más altas funciones del estado.

También los *sipahis* se organizaron probablemente en tiempos de Murad I, retomando un método ya empleado en las primeras tierras conquistadas. Se trataba de una caballería provincial, a la que el soberano concedía las rentas de ciertas tierras (*timar*) a cambio del servicio militar. El *timar*, en ocasiones, se ha comparado con los feudos de la Europa medieval, aunque conviene tener presentes ciertas diferencias básicas entre ambos modelos caballerescos. A diferencia



Batalla de Kosovo (1389). Óleo del pintor serbio Adam Stefanović, realizado en 1870, que se conserva en el Museo Nacional de Belgrado. En el centro domina la escena el príncipe serbio Lazar.

de lo que ocurrió en Occidente, en el mundo otomano las tierras continuaban perteneciendo al soberano, y retornaban a este en cuanto fallecía o se retiraba el concesionario del *timar*. Este tampoco gozaba del derecho a administrar justicia, aunque sí el de cobrar ciertos impuestos. Por último, los campesinos del *timar* sólo estaban obligados a pagar dichos impuestos, aunque eran libres para abandonar en cualquier momento la tierra que trabajaban.

Otro elemento que favoreció el ascenso de los otomanos fue su pragmatismo en la organización del estado. Por una parte, aceptaron los derechos de las dinastías sometidas, que realizaban el correspondiente acto de sumisión integrándose en el nuevo orden. Poco a poco, se fue formando una estructura administrativa centralizada donde los viejos privilegios y gravámenes, a menudo inicuos, eran sustituidos por reglas fiscales más simples. También se implantó una política dirigida a la protección de los campesinos, que eran libres de mantener o establecer una religión distinta de la de sus nuevos gobernantes.

2

La consolidación del Imperio

LOS ORÍGENES DEL IMPERIO, EL BEY BUSCA ESPOSA

El Imperio otomano es el gran desconocido de la historiografía eurocéntrica, a pesar de que durante cerca de seis siglos los occidentales se enfrentaron a él o manipularon este inmenso estado que, en el momento de su máxima expansión, se extendía desde las fronteras de Marruecos a las de Irán, y desde las montañas de Yemen hasta los Balcanes. La misma idea de Cercano Oriente llegó a incluir las regiones balcánicas sujetas a los sultanes, para extender y englobar todas aquellas regiones que en algún momento de su historia fueron otomanas. Por el contrario, Oriente Medio es un término que nació en el siglo XIX en el entorno militar británico para indicar el mando responsable de las operaciones desde el río Nilo hasta el Óxus, actual Amur Daria, en Turkmenistán, quedando por ello excluidos el Magreb y el Mediterráneo occidental.



Batalla de Varna. Obra del pintor polaco Jan Matejko, realizada en 1879 y que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Budapest

tropas en naves «francas», probablemente genovesas. El 9 de noviembre tuvo lugar en Varna (Bulgaria) una importante batalla. El rey Vladislao, excitado por el fragor de la batalla, se encontró en cierto momento rodeado por los jenízaros, que le dieron muerte. Su cuerpo fue decapitado, y la cabeza izada en una pica como una advertencia a los cristianos que seguían luchando. En el encuentro también murió el cardenal Cesarini, animador de la cruzada, así como numerosos beyes. La victoria del ejército del sultán resultó, no obstante, abrumadora, permitiendo que los Balcanes quedaran firmemente en manos otomanas.

Murad, sin embargo, no recuperó inmediatamente el trono, sino que mantuvo en él durante dos años a Mehmed. Mientras tanto, los bizantinos apoyaron a un nuevo pretendiente llamado Davud, como lo habían hecho poco antes de la batalla de Varna con su hermano Orhan, otro príncipe otomano. Además, el contraste entre los que en la corte demandaban una política más agresiva, incluyendo al mismo Mehmed y su fiel visir Zağanos, y

3

Constantinopla y Europa

MEHMED II (1451-1481) Y LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

Cuando finalmente ascendió al trono, Mehmed II tenía diecinueve años. Se encontró con un estado floreciente, bien organizado y en paz con los países vecinos. Los otomanos se encontraban ahora firmemente establecidos en los Balcanes y en Rumelia, el antiguo poder de Bizancio había quedado reducido a un espectro de lo que fue, Serbia estaba sometida, la pequeña república dálmata de Ragusa había acordado pagar un tributo anual, mientras que Valaquia y Hungría veían bloqueadas sus aspiraciones territoriales. Lo mismo ocurría en los principados de Anatolia, y los *uc bey* habían podido ser encuadrados en las filas del imperio. La personalidad del joven sultán, sin embargo, era muy opuesta a la de su padre,

4

El apogeo del Imperio en tiempos de Solimán el Magnífico

**KANUNÎ SOLIMÁN: LOS PRIMEROS AÑOS DEL
REINADO (1520-1536) Y EL CONFLICTO CONTRA
CARLOS V**

Solimán ascendió al trono a los veinticinco años en unas condiciones extremadamente favorables. Nunca antes ni después ningún soberano del linaje de Osmán se encontró en semejante situación: sin parientes contra los que luchar por el trono; con los jenízaros como poderosa herramienta en sus manos; la clase procedente de la *devşirme* todavía integrada por fieles servidores dedicados al bien del estado; sometidas la vieja aristocracia turca y las últimas dinastías y desaparecido el sultanato mameluco. No se percibían peligros en el horizonte, a pesar de que las revueltas fomentadas por los safávidas continuaron. Las finanzas se encontraban en una situación floreciente, puesto que las



El Imperio otomano a la muerte de Solimán el Magnífico. A partir de Solimán, puede afirmarse ya que el Imperio otomano era, como algunos historiadores lo han definido, el «imperio de los tres continentes».

empleados para levantar una macabra pirámide de huesos y calaveras recubiertas con tierra de la playa. Este dantesco monumento a la muerte estuvo visible hasta 1848, cuando el cónsul británico ordenó que los restos fueran trasladados a un cementerio católico. En total, las bajas cristianas sobrepasaron las treinta galeras hundidas, más de diez mil muertos en el transcurso de toda la operación y cinco mil prisioneros. Entre estos, Piali se llevó a Estambul a los capitanes más destacados: Berenguer de Requesens, Sancho de Leyva, Lope de Figueroa, Sancho Dávila, Rodrigo de Zapata y Álvaro de Sande. No en vano, la mayoría fueron rescatados en poco tiempo, salvo Álvaro de Sande, que fue liberado por el sultán sólo después de la mediación del rey Carlos IX de Francia, aliado del

5

Ideología y sociedad

DEL IMPERIO MULTIÉTNICO A LA NACIÓN TURCA

En relación con los estados europeos de la Edad Moderna, la característica del Imperio otomano que más llama la atención es la de ser, durante siglos, un imperio multiétnico y multinacional. Algunos historiadores se han atrevido a calificarlo como una «Commonwealth otomana», algo muy distante del estado-nación que en aquellos siglos se iba estructurando en Occidente, y que sólo llegado el siglo XIX se intentó imitar en Estambul. Con las conquistas, se incorporaron poblaciones étnicamente diversas y con diferentes religiones que no se intentaron ni «turquizar» ni islamizar a la fuerza. Esto sucedió tanto por razones económicas, en cuanto que los infieles debían pagar unos impuestos más elevados que los musulmanes, como por motivos de organización estatal, ya que se consideraban

el poder que afectaron a ese período. A partir de entonces, los conversos, sobre todo los procedentes de la *devşirme*, pasaron a ser los personajes cada vez más destacados de la administración central. Durante mucho tiempo, en el imperio funcionó la meritocracia, al menos durante los períodos en que la corrupción no estaba tan extendida como para asignarse cargos sólo a aquellos que pudieran pagar, o bien cuando los grupos de presión eran tan fuertes como para ser capaces de repartirse los puestos más rentables.

LA DEVŞIRME

Práctica llevada a cabo por el Gobierno otomano durante los primeros siglos (xv y xvi), sobre todo en la zona de Europa del Este. Consistía en la entrega de hijos de cristianos al sultán para educarlos en la doctrina del islam, a la vez que se los entrenaba para servir al soberano exclusivamente como soldados o como funcionarios. Esta práctica empezó a desarrollarse, ante todo, para proteger al sultán frente al





Plano del Estambul otomano. En la parte superior derecha se aprecia el hipódromo. Miniatura de 1533 incluida en el manuscrito llamado *Beyan-i Menazil-i Sefer-ul Irakeyn* (Crónica de las etapas de la campaña de Irak y Persia), obra de Matrakçı Nasuh, humanista de la corte de Solimán I.

leyendas, participación de los gremios, banquetes públicos, actuaciones de acróbatas, bailarines, músicos, poetas, animales, juegos de guerra y muchos fuegos artificiales, especialmente apreciados por el pueblo. Tales fiestas servían, además, para ridiculizar a los enemigos y luego convertirlos en inofensivos a los ojos de la población: los safávidas fueron a menudo representados como figuras cabalgando hacia atrás como locos a lomos de mulas, representadas por una especie de marionetas vestidas al estilo europeo y rellenas de petardos a las que se prendía fuego, etc. Participaban, al mismo tiempo, animales de diversas especies, bailarines y artistas de otros países, como actores de la *Commedia dell'Arte*, danzantes judíos,



Danzarines otomanos. Ilustración del manuscrito conocido como Códice Vindobonense n.º 8626. Fue pintado entre 1586 y 1591 por un artista desconocido del sur de Alemania, en el entorno del Bartolomeo di Pezzana, embajador del emperador Rodolfo II de Habsburgo ante la Sublime Puerta. En él se recogen numerosos tipos captados por el artista en las calles de Estambul. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria (Viena).

artesano castigado por violar las leyes relacionadas con su profesión estaba a menudo presente, demostrando así que las clases sociales eran libres de criticar a las demás e incluso a sí mismas, si la finalidad era, esencialmente, la de divertirse.

Incluso las hermandades sufíes organizaban desfiles de sus miembros. Precisamente eran estas fiestas las que más impactaban a los visitantes europeos, extrañados de que personas dedicadas a la religión gritaran, bailaran, jugaran y realizaran actos inusuales para sus ojos.

Entre los siglos XVI y XVIII estos espectáculos vivieron ciertos cambios. En primer lugar, se fueron haciendo cada vez más violentos e irreverentes. En su organización aparecieron nuevos personajes como los *tulumcu*, cómicos



Mujeres otomanas. Ilustración del mencionado manuscrito conocido como Códice Vindobonense n.º 8626. La seda y el terciopelo constituían, entre los otomanos, los principales tejidos de las clases pudientes. Fue en el siglo XVI cuando el Gobierno otomano comenzó a dedicarse a la regulación y a la tributación de la industria de la seda, cuyo centro era la ciudad de Bursa. Allí se producían la mayoría de los brocados de seda y terciopelos destinados a la corte otomana. Sin embargo, tanta era la devoción de las altas autoridades por el buen vestir que también se crearon talleres en el primer patio del palacio de Topkapi.

raramente permitía mantener a una familia. En estos casos, lo normal, y por evidentes razones económicas, era que los matrimonios fueran monógamos. Las mujeres de la clase media, en cambio, solían utilizar su propio dinero para comerciar, alquilar, comprar o vender. Uno de los negocios más rentables era precisamente la compra de esclavas jóvenes, las cuales, tras haber sido adiestradas en diversas artes, podían revenderse a precios elevados que permitían un beneficio sustancial. Una vez enriquecidas, esas mujeres originariamente de clase media eran capaces de convencer a sus maridos para que estos las repudiaran incluso renunciando tanto a la parte de la dote a la que

6

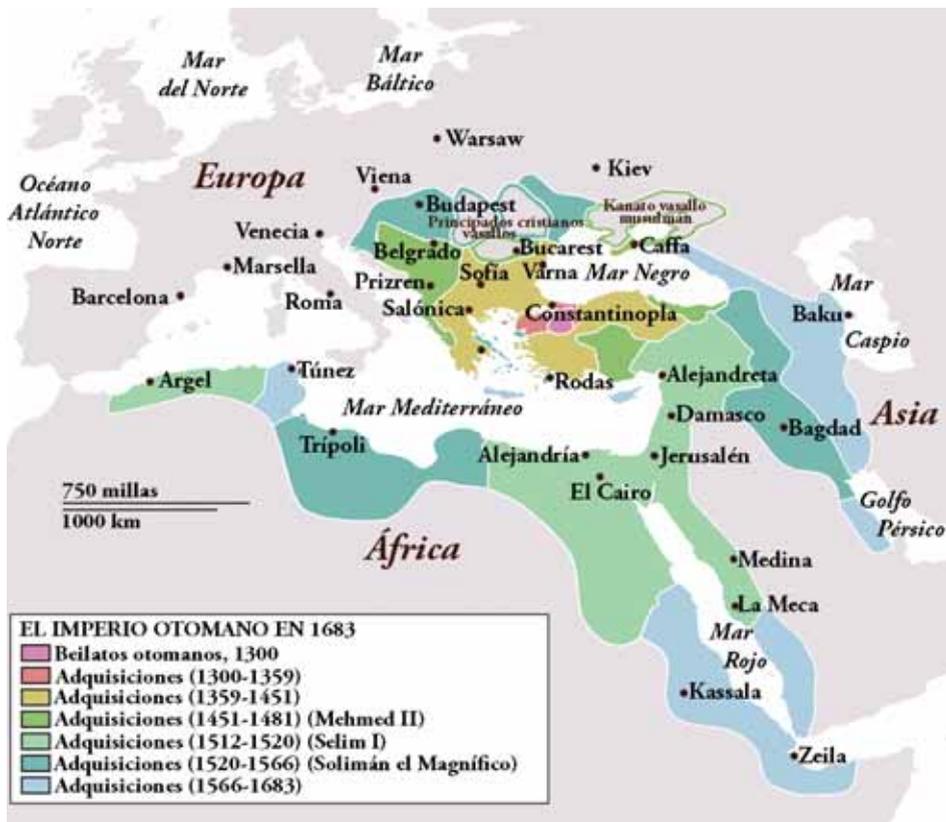
Del Sultanato de las Mujeres a la Época de los Tulipanes

SELIM II (1566-1574): CHIPRE, LA LIGA SANTA ANTIOTOMANA Y LEPANTO

A la muerte del gran Solimán, solamente quedaba con vida uno de sus hijos, Selim, que ascendió al trono sin oposición. La lucha por la sucesión se había desatado y había concluido ya años atrás. Entre los posibles herederos se encontraba, en primer lugar, el príncipe Mehmed, quien al parecer murió de viruela o acaso por envenenamiento de una madrastra rival, madre del príncipe Mustafá, en 1543, seguido en 1553 por el primogénito, Mustafá, falsamente acusado de traición y ejecutado. El jorobado Cihangir acabó suicidándose al conocer la noticia de la trágica muerte de su querido hermano. La lucha estalló, por tanto, entre los dos supervivientes, Bayaceto y Selim. Este último, ciertamente menos dotado, se



Murad IV, el Nerón otomano, con su corte. Miniatura de la primera mitad del siglo XVII que se conserva en el Palacio Topkapi de Estambul. Las fuentes otomanas de la época lo describen como un hombre corpulento y alto, gran practicante del deporte de lucha y un temible guerrero. Su fuerza, según afirmaban, era casi sobrehumana. Sobre todo era conocido por sus oponentes, a quienes sostenía por encima de su cabeza empleando tan sólo una mano. Asimismo utilizó un mazo enorme que pesaba 50 kilogramos y una gran espada, un mandoble de ese mismo peso, armas que pueden admirarse aún en el museo del palacio de Topkapi.



El Imperio otomano, a partir de la fatídica fecha de 1683 (año de su estrepitosa derrota frente a Viena), comenzó a perder territorios hasta quedar prácticamente reducido a Anatolia y un pedacito de Europa tras la Gran Guerra.

como de la Liga Santa o, según la terminología veneciana, de Morea, fue para los otomanos «la gran guerra». Las derrotas iniciales llevaron a remplazar al incapaz Mehmed IV por su hermano Solimán II (1687-1691), quien en 1689 acompañó a su ejército hasta Sofía. Con él, los sultanes empezaron a preocuparse de nuevo por los asuntos de estado. El ejército otomano vivió a continuación algún éxito significativo cuando ascendió al trono Mustafá II (1695-1703), quien, en agosto de 1696, también participó en la batalla de Ulaş, desarrollada cerca de la ciudad rumana de Timișoara, cuyo sitio

7

Las reformas decimonónicas

EL INICIO DE LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Desde mediados del siglo XVIII en adelante, el Gobierno de la Sublime Puerta intentó por todos los medios renovar sus propios cuadros administrativos para colocarse al mismo nivel que el de los demás estados europeos. Estos, a su vez, se dedicaron a apoyar a las fuerzas más reaccionarias precisamente para evitar una recuperación efectiva, y sólo jugaron la carta otomana cuando la necesitaron para evitar las ambiciones expansionistas de sus otros rivales en Europa. En este tiempo decae la imagen del Imperio otomano en el ámbito internacional, que comienza con la derrota bajo los muros de Viena en 1683. Tiene su momento destacado en el desastroso Tratado de Küçük Kaynarca (1774) y culmina más tarde al no invitar a los diplomáticos otomanos al Congreso de Viena de



Mahmud II abandonando la mezquita de Bayaceto en Estambul. Pintura realizada por el francés Auguste Mayer (1805-1890) en 1837. Colección particular. Frente a la mezquita se observa la puerta de acceso a los nuevos cuarteles creados por el sultán en 1826. Mahmut II reformó las instituciones administrativas y el propio ejército, influido por un proceso de occidentalización. Ordenó la disolución de los jenízaros en 1826, según unos por la muerte de su visir y amigo Alemdar Mustafá Pachá, y según otros para deshacerse de un cuerpo militar que no respondía a las necesidades militares de los tiempos modernos.

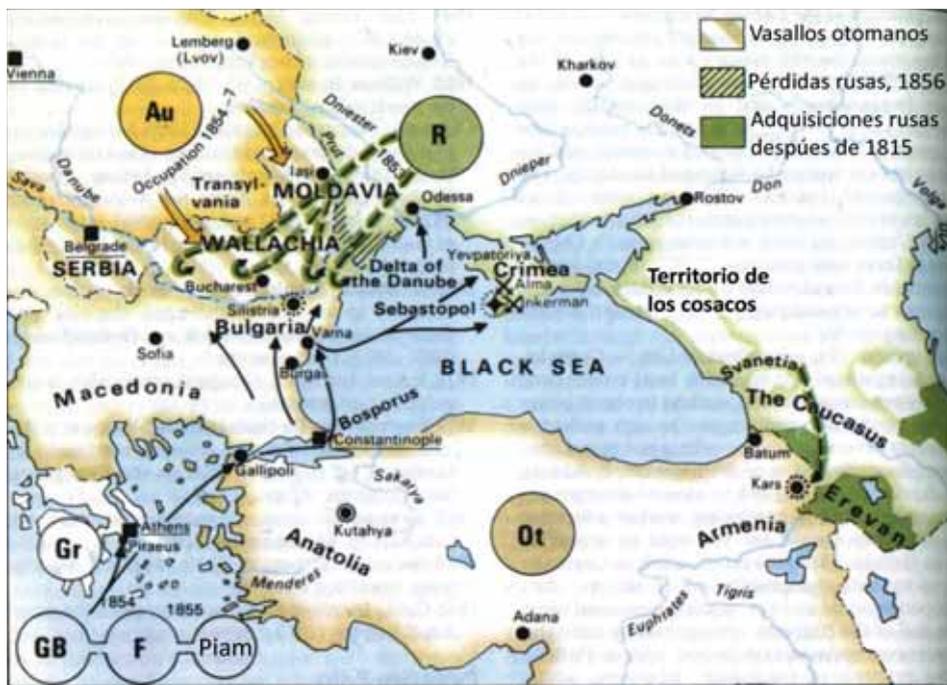
central, el gran visir vio transformado su título por el de *baş vekil*, o sea, primer ministro. No se trató únicamente de un cambio en la denominación. El Gobierno se dividió en ministerios y departamentos gobernados por los *vekil*, es decir, los ministros. Estos se ocupaban de los asuntos de estado anteriormente en manos del gran visir, como la diplomacia internacional, que incluía una escuela específica anexa, las finanzas o los asuntos internos, creándose además consejos de comercio y agricultura, así como todo



Soldados otomanos durante la guerra de Crimea. Fotografía de la época. Se acepta que la fotografía de guerra se inició en Crimea. Y la historiografía considera al británico Roger Fenton el primer reportero fotográfico, aunque con su trabajo se hablara de reportaje de la «falsa guerra», pues no aparecían muertos en las imágenes que se publicaron.

sultán y la amenaza de una expansión rusa alarmaron definitivamente a Francia y al Reino Unido, quienes acudieron en defensa del Imperio otomano. En 1854, Rusia ignoró el ultimátum anglofrancés para retirarse del Danubio, por lo cual el Reino Unido y Francia le declararon la guerra. Más tarde se incorporaría a su lado también el reino del Piamonte.

Nicolás I supuso que Austria estaría de su lado o, al menos, sería neutral para corresponder a la ayuda prestada durante las revoluciones de 1848. Sin embargo, Austria se vio amenazada por las tropas rusas en los principados del Danubio. Cuando Reino Unido y Francia reclamaron a Rusia que retirase sus tropas de esos principados, Austria los apoyó y, a pesar de que no declaró inmediatamente la guerra a Rusia, se negó a manifestarse neutral. Por ello, Rusia aceptó una nueva demanda de Austria que le hizo



Mapa de la guerra de Crimea

Sebastopol. El 5 de noviembre se libró la decisiva batalla de Inkermán, que terminó con una grave derrota rusa. El 9 de septiembre de 1855, Sebastopol cayó en manos de las tropas franco-británicas después de once meses de asedio. Tras esta derrota, Rusia se vio forzada a pedir la paz. El 30 de marzo de 1856, el Tratado de París puso fin al conflicto. Un tratado que tardó en llegar porque se requería primero que los otomanos saldasen sus deudas con los aliados, y que supuso un duro revés para la influencia rusa en la región. Según el acuerdo, Moldavia y Valaquia permanecerían bajo soberanía otomana, aunque les serían concedidas constituciones y asambleas nacionales, que deberían ser supervisadas por las potencias vencedoras. A su vez, Moldavia recibió el sur de Besarabia. Rusia fue forzada a abandonar sus aspiraciones de proteger a los cristianos del Imperio otomano, al igual que Francia.



Inauguración del ferrocarril entre Aydin y Esmirna (1856). Grabado de época. Aunque la inauguración se realizara en 1856, la línea no se completó hasta diez años después. La estación original de Aydin todavía se conserva.

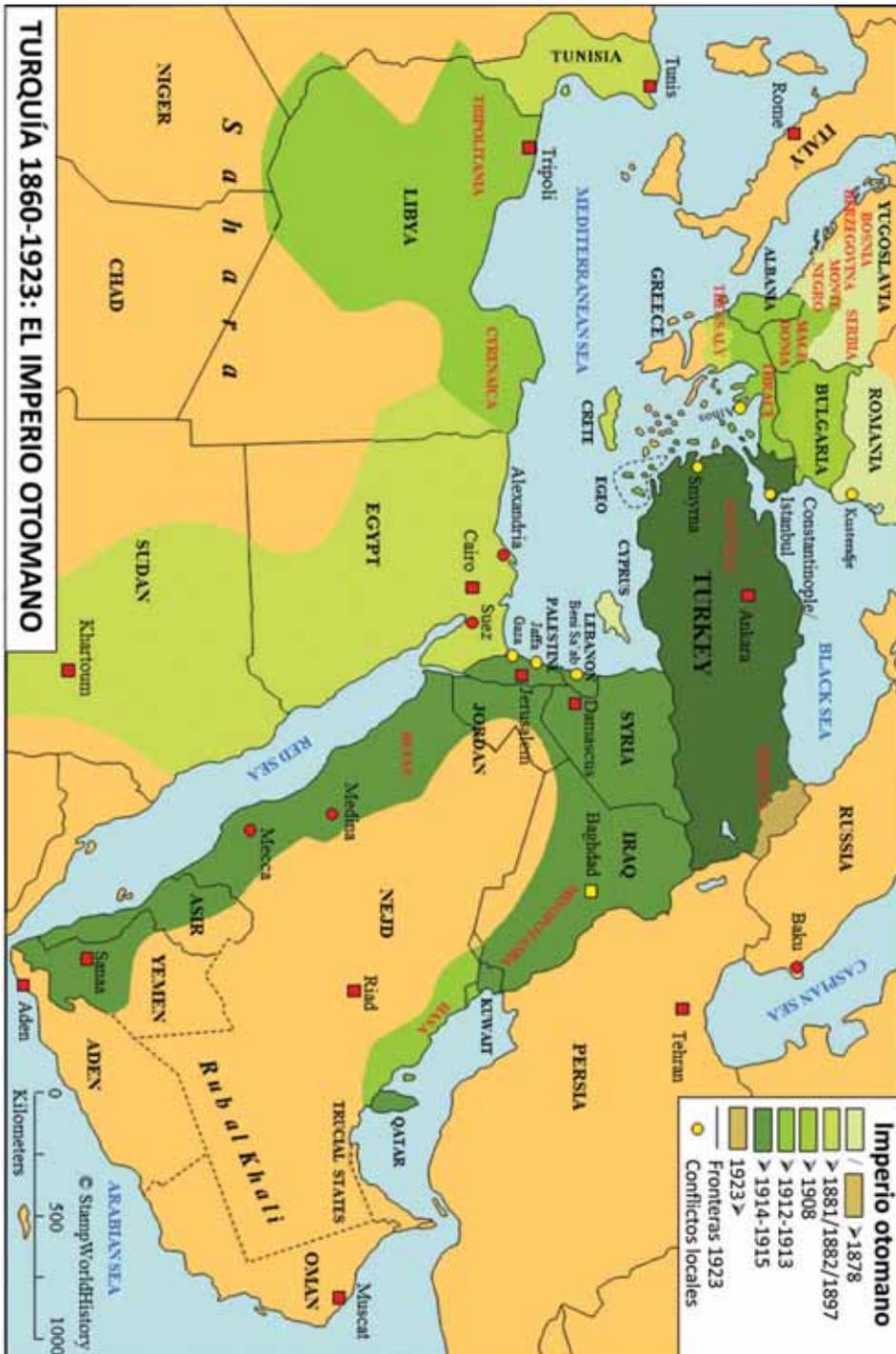
que se veían apartados del poder, los contratistas, los militares y todos aquellos que habían perdido sus antiguos privilegios, incluidos los jefes de las minorías no musulmanas, cuyas comunidades por ellos representadas habían visto reducidos en gran medida sus derechos. Muchos se quejaban también de no disponer de la cantidad necesaria para librarse de la leva, pues aun no siendo musulmanes se veían ahora obligados a realizar el servicio militar. Los descontentos intentaron buscar apoyos en Europa y comenzaron a difundir las ideas nacionalistas en los distintos *millet*. Parte de la oposición buscó coaligarse incluso con los jóvenes titulados en las nuevas escuelas que no lograban encontrar trabajo al ver su carrera bloqueada por la generación precedente de funcionarios, que ya había ocupado los puestos del poder. Muchos de ellos acabaron encontrando empleo como periodistas y escritores, tomando las riendas de la opinión pública. Este grupo adoptó, imitando a otras organizaciones de la época como la Joven Italia o la Joven Europa –ambas fundadas



Postal otomana de 1895 donde se saluda a la constitución de 1876. Ante el sultán Abdul Hamid II se arrodilla una mujer que representa la Libertad. Los diferentes *millet* del imperio quedan a sus espaldas (turcos con banderas rojas, árabes con banderas verdes, armenios y griegos). El ángel que sobrevuela la escena porta una enseña donde se lee en griego y en francés «Libertad, Igualdad y Fraternidad».

en dos frentes a los campesinos turcos y musulmanes. La embestida rusa provocó una indignación pública en los dominios otomanos. El sultán Abdul Hamid II utilizó su prestigio en el mundo islámico para obtener el apoyo popular en la guerra contra Rusia. Esgrimió el Sagrado Estandarte del profeta Mahoma, que obraba en poder de los otomanos desde que el imperio ocupara las tierras árabes a comienzos del siglo XVI, y declaró la yihad a los rusos. El pueblo otomano cerró filas tras el sultán presentándose voluntariamente para el servicio militar y contribuyendo económicamente al esfuerzo bélico, de modo que las fuerzas armadas se las arreglaron para detener el avance de los rusos en territorio otomano.

Breve historia del Imperio otomano



Las pérdidas territoriales otomanas entre 1860 y 1922



Escena de la guerra italo-otomana de 1911-1912, que tuvo como principal escenario Libia. Soldados italianos rodean a un grupo de cadáveres enemigos.

lazos matrimoniales con el rey Nicolás I de Montenegro, así que el 8 de octubre de 1912 los italianos animaron a los montenegrinos a declarar la guerra al Imperio otomano. Sólo era cuestión de tiempo que el resto de los estados balcánicos imitaran su ejemplo.

La inminente amenaza de la guerra en los Balcanes provocó una crisis cuyo alcance abarcaba tanto a Estambul como a Libia. Al defender un par de provincias tan lejanas como Trípoli y Bengasi, el Gobierno otomano había dejado expuesto el balcánico corazón del imperio. El idealismo no tardó en dejar paso a un renovado espíritu realista. Diez días después de que Montenegro declarara la guerra, el Imperio otomano concertaba un tratado de paz con Italia por el que accedía a dejar las provincias libias en manos italianas. Los oficiales otomanos que habían luchado en la guerra, avergonzados por abandonar a sus camaradas libios, dejaron que la hermandad sanusita continuara la guerra de guerrillas sin apoyo alguno y regresaron apresuradamente a Estambul para unirse a la lucha por la supervivencia nacional que acabaría conociéndose con el nombre de Primera Guerra Balcánica.

9

La Primera Guerra Mundial y el fin del Imperio

EL IMPERIO ENTRA EN LA GUERRA MUNDIAL

Al iniciarse la Gran Guerra, los dirigentes otomanos se debatían entre la alianza con el Imperio alemán o la unión a la entente franco-ruso-británica. Pero el temor a Rusia, su enemiga tradicional, unido al desdén mostrado por el Reino Unido en sus relaciones bilaterales y, sobre todo, a la asistencia militar y económica germana, llevaron al Imperio otomano al bando de los Imperios Centrales, declarando su participación en el conflicto el 1 de noviembre.

Fue esta declaración la que confirió a la Primera Guerra Mundial una dimensión global. El Cáucaso, Mesopotamia, Palestina, Egipto, Arabia, Persia... todo el Oriente Medio se convirtió en zona de guerra. Para el Imperio otomano, el frente más importante fue la frontera



Edificio de Ankara donde en 1923 la Asamblea Nacional proclamó la República Turca. Tras la derrota otomana en la Primera Guerra Mundial, la capital otomana, Estambul, y gran parte de la península de Anatolia quedaron ocupadas por los aliados. Según el Tratado de Sèvres de 1920 firmado por Reino Unido, Francia, Italia y Grecia, los territorios del Imperio otomano se repartirían entre ellos, dejando para los turcos Estambul y parte de Asia Menor. En respuesta a esto, el líder del movimiento nacionalista turco, Mustafá Kemal, estableció el cuartel general de su movimiento de resistencia en Ankara, una ciudad de origen antiquísimo. Tras la guerra de independencia, los nacionalistas remplazaron el Imperio otomano con la República Turca el 29 de octubre de 1923.

designaba a Mustafá Kemal como primer presidente del nuevo país, convirtiendo a dicha ciudad en la nueva capital. Andando el tiempo, el parlamento turco concedería a Kemal el sobrenombre de Atatürk (cuyo significado literal es el de ‘Padre de los Turcos’), reconociendo con ello el liderazgo que había ejercido en la creación de la actual Turquía.

Bibliografía

- ÁGOSTON, Gábor y MASTERS, Bruce. *Encyclopedia of the Ottoman Empire*. Nueva York: Facts on File, 2009.
- BICHENO, Hugh. *La batalla de Lepanto*. Barcelona: Editorial Ariel, 2005.
- CROWLEY, Roger. *Imperios del mar. La batalla final por el Mediterráneo, 1521-1580*. Barcelona: Ático de los Libros, 2013.
- , *Constantinopla. El último gran asedio, 1453*. Barcelona: Ático de los Libros, 2015.
- DE BUNES IBARRA, Miguel Ángel. *El Imperio otomano (1451-1807)*. Madrid: Editorial Síntesis, 2015.
- FAROQHI, Suraiya. *Approaching Ottoman history. An introduction to the sources*. Cambridge: University Press New York-Melbourne, 1999.
- , *Subjects of the sultan: culture and daily life in the Ottoman Empire*. Nueva York: I. B. Tauris, 2007.